

## Ciencia de pueblos y ciencia de sabios

### Los casos de Marañón y Madariaga

Por JUAN MARINELLO

= De *Mediodía*. La Habana, 5 de junio de 1937 =

Quien vivió en La Habana de 1928 a 1930 tuvo ocasión de conocer lo más granado de la intelectualidad española. Eran los tiempos de la dictadura primorriverista y profesores y científicos, periodistas y poetas no hacían buenas migas con el mandón jerezano. Existía en la ciudad, por otra parte, una organización recién nacida, flamante y robusta, la Hispanocubana de Cultura, encargada de traer a la isla gentes sabias de los más diversos parajes y, en lo principal, como su nombre pedía, conferenciantes españoles. La Institución tenía en su cima, y lo sigue teniendo, a un hombre ilustre por mil conceptos, a un ejemplo animador de cultura, a Fernando Ortiz. Yo estaba en su cuerpo directivo y ello me dió oportunidad de tocar mucho cuerpo de sabio y de inspirado. Trabé conocimiento con gentes de la mejor calidad científica y artística. Negar lo que significó aquel trasiego de presencias y mensajes en los que hacíamos entonces nuestra faena de juventud sería injusticia. La experiencia de ciencia y humanidad fue de veras muy rica. Claro está que mirábamos a aquellos hombres,—ha pasado casi una década,—en obligada actitud discipular, que tanto enturbia la apreciación crítica. Nuestros criterios matrices, por razones que no hay que aducir, no estaban cuajados; aquellas visitas trascendentes habían de hacer mucho por cuajarlos. Las cosas, en estos años últimos, se precipitaron más de lo esperado en Cuba y en el mundo. Quienes asistíamos un poco escépticos y deshumanizados a las sesiones de la Hispanocubana de Cultura hemos tenido después que aceptar un camino, un destino. La tragedia heroica de España nos impone ahora un juicio estricto de aquellos hombres, verdaderas voces de la cultura peninsular. No somos nosotros, ha sido la vida—y sus vidas,—la que les marca el definitivo perfil.

Juzguemos. Pero, recordemos antes. ¿Quiénes eran aquellos hombres? El primero en llegar fue Don Blas Cabrera, de mucha responsabilidad en su saber difícil, de claridad ponderada y eficaz. Tras él, Don Fernando de los Ríos, con sus muchas disciplinas, su ademán de gentil hombre, sus cautelas profesoras y su oratoria de gran estilo. En seguida Don Américo Castro: sabiduría jugosa, penetración asombradora y berrinches de hijo único; peleándole por dentro, y aún por fuera, le andaban Don Quijote y Don Juan y también el licenciado Vidriera. Don Luis de Zulueta, con su maravillosa amenidad sin compromisos. María De Maeztu, ebria de palabras, con sus cosas bien aprendidas y la militancia adusta y terca de su sangre anglicana. Un poco después el doctor Marañón, elegante, hermético, vencedor de la vida, con una pluma prócer y una palabra claudicante. José Pijoán, vastísimo museo, plática descosida y deliciosa incomprensión de lo político. Después, Olariaga, buen malabarista de su técnica y mejor servidor de sus señores. Novoa Santos, de ciencia apretada y lúcida, de singular atrevimiento intelectual, de celos gallicos y ánima lírica y tormentosa. Más tarde Adolfo Salazar, erudito y blando y Federico García Lorca, excesivo y genial. Cerrando el cortejo insigne, Salvador de Madariaga, expansivo y vivaz, con petulancias y agudezas, con palabra trabajadora y palabra ociosa, cui-

dando por igual de su desenfado verbal que de sus cargos internacionales. La marcha era a veces fatigosa por el cruce de ideas y de criterios. Para hacerla más llevadera venían momentos de plácido rumor, sin pena ni gloria, como las lecturas de Turina. Anotaba el mensaje de sus compatriotas, con capacidad periódica soberana, Manuel Aznar, el cantor actual de las hazañas radiofónicas de Queipo del Llano.

¿Qué huella esencial nos dejaron aquellos hombres que llegaban a La Habana, descargaban con la mayor presteza su lote de sabiduría y tomaban el barco de regreso? ¿Había, entre ellos, naturalmente, diversidad bastante para impedir que lo precisemos en los límites de un artículo. Sí podemos decir que a medida que iban transcurriendo los años, a distancia ya la influencia poderosa de sus personas, empezábamos a recordar a muchos de ellos como gentes un poco alejadas de la vida. Es muy posible que influya en nuestra impresión de ahora el espectáculo violento de sangres y consignas de la España actual; no es improbable que seamos injustos pidiendo una tónica que no podía dar por entonces el espíritu de los letrados españoles. Y quizás si el camino andado por nosotros haya sido transitado también por alguno de aquellos maestros de la palabra hablada. Pero, con todas las reservas por delante, parece innegable que había en muchos, en aquellos cuya disciplina miraba más a lo colectivo, como un dejo demasiado romántico y como una excesiva preocupación de mirajes y formas personales. En los que venían de Don Francisco Giner,—y de él venían casi todos,—se descubría como una bruma elegante que estorbaba el entendimiento mundo de lo cercano, como un halo dignificador que si era cierto que les otorgaba la santidad intelectual los forzaba también a mirar hacia el pueblo a

través de neblinas piadosas y ocultadoras.

Que nuestra sospecha no carece de fundamento nos lo están diciendo hechos muy recientes. De aquellos hombres hay, es verdad, quienes cumplen ahora su deber, algunos entre dudas crueles. De entre ellos, innegable, no ha salido ningún intérprete perfecto del más hondo anhelo de la masa española. Y entre ellos se han dado los ejemplos abominables de Gregorio Marañón y de Salvador de Madariaga. Manuel Aznar, el anotador puntual de aquellas disertaciones, ha caído en un envilecimiento irrebalsable, como era de esperarse en el cantor elocuente y meloso de Gerardo Machado.

Los hechos nos han confirmado cómo entre aquellos intelectuales, muchos de ellos de insospechable honestidad, y el pueblo español faltaba una comunicación entrañable, cómo en tiempos en que maduraba en la península una prodigiosa Revolución andaban ellos distraídos en dar interpretaciones deslumbrantes y demasiado literarias de la más viva realidad española. Ello explica que, llegadas las coyunturas cruciales, no hayan tomado el papel de orientadores eficaces de su pueblo. Ello dice también la razón profunda de traiciones flagrantes como las de Marañón y Madariaga. Cuando, como en estos casos últimos, se afecta una imparcialidad elegante, y además muy cómoda, es que no duelen muy adentro las raíces de la tragedia popular, es que no se bebió a tiempo el jugo de dolor y de sangre de una de las masas más ofendidas de la tierra. Marañón y Madariaga se espantan ahora ante los torrentes rojos que emana España. Para ellos la muerte es espantable cuando se causa con violencia. No tanto cuando la produce, por siglos, una organización que quita el pan, arraiga la ignorancia y aleja al médico. La muerte normal de todo un pueblo, de su pueblo, no les llegaba muy adentro. Por lo menos nada hicieron para detenerla. Ahora hacen lo que pueden para alimantarla.

Cuesta esfuerzo creer que hombres de mente clara y cultivada acudan, para justificar sus pecados, a razonamientos inválidos. Querer hacer de lo político,—hecho fatal,—una peripecia a la medida de nuestro deseo es la más peregrina incomprensión. Lamentar la sangre vertida, sin ponerse del lado de la justicia para que termine pronto su efusión, es radicarse de lado de la injusticia. Querer, como Salvador de Madariaga, remontar el curso de la Historia borrando con gana pintoresca la corriente socialista y la fachista, es de una comicidad grotesca. No estaría mal que preguntásemos a Marañón y a Madariaga, adoradores a lo que parece de una democracia plácida y dulce, venida por obra del espíritu santo de la buena intención, si el estado de cosas que añoran y ansían es aquella colectividad tullida, con sus masas de trabajo unidas al humor de obispos enriquecidos y trabucaires, aristócratas degenerados, latifundistas medioevales y militares sabios en robar en Marruecos y matar obreros en la península. De seguro que dirían que no, que ellos quieren una España de universal felicidad. Esa España, en la medida epocal, la quiso, por caminos de paz y legalidad, el Frente Popular. Contra él, contra la España que el Frente ansiaba, se levantaron los verdugos de España, los victimarios de Madrid, los matadores de García Lorca, de Torriente-Brau, de Barral, de Piqueras... Frente a una embestida de las más inhumanas de que se tiene mal recuerdo, querían Madariaga y Marañón gesto

## AHORRAR

*es condición sine qua non de una vida disciplinada*

## DISCIPLINA

*es la más firme base del buen éxito*

LA SECCION DE AHORROS

— DEL —

## Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

*está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:*

## AHORRAR